

823

C

PR4699

.F16

548

1910



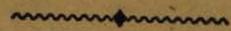
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
RICARDO COVARRUBIAS

FONDO
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



Un secreto de familia



I

El niño abandonado

La tarde era nebulosa. La estación de Paddington no tenía bastante con la luz que proyectaban sus reverberos, para vencer la oscuridad producida por la húmeda niebla que llenaba de uno a otro extremo su vasta extensión abovedada. En sus andenes observábase el movimiento que precede siempre a la salida de un tren. Los vendedores de periódicos eran los únicos relativamente tranquilos en medio de la agitación general. Sus negocios les producían poco, porque los viajeros, una vez en los vagones, se apresuraban a levantar los cristales para robar a la niebla todo el espacio posible, y se negaban obstinadamente a abrir las portezuelas de los coches. A pesar de su deseo, hacíanlo cuando otros viajeros, que habían pagado sus billetes, reclamaban, con más o menos energía, su derecho a ocupar un asiento, pretensión que parece al que llegó primero un monstruoso egoísmo; ¡qué trabajo le costaba al último escoger otro vagón!

El furgón de las lámparas se hallaba al extremo del tren, y un empleado lanzó de abajo arriba la última al ágil mozo de estación que corría por cima de los vagones. Este último, diestro como un juglar indio, cogió al vuelo el brillante proyectil, lo fijó ruidosamente en su agujero y se arrojó al suelo estando ya el tren en marcha. El conductor cerró la última portezuela que por descuido quedó

abierta, saltó con ligereza al furgón que pasaba por delante de él, y el tren de las cinco salió con matemática puntualidad de Londres y empezó su rápida caminata hacia Penzance. En un vagón de primera hallábanse tres personas, si bien, a lo que se veía, la sociedad que explotaba la línea no debió cobrar más que el importe de dos asientos, porque uno de los ocupantes era un niño del que todo el mundo habría pensado que lo más propio sería llevarlo en brazos, excepción hecha quizás de esas personas de conciencia timorata, a las que agrada enviar restituciones anónimas al canciller del Échiquier.

Los dos viajeros que, por el contrario, habían pagado sus billetes, eran un hombre y una mujer, siendo indudables dos cosas: primera que no se conocían, y segunda que el hombre estaba muy acostumbrado a viajar, porque cuando oyó ese ruido que produce el roce del hierro en el primer momento en que se pone el tren en marcha, y comprendió que se hallaba libre de indiscretos, se acomodó en su asiento, preparó todos sus trastos de una manera inteligente, cubrióse la cabeza con un sombrero flexible, y encendiendo una lamparita portátil, se entregó a una lectura sin duda para él interesante. Era un joven; empero, como no hace más que aparecer y desaparecer en nuestra narración, no hay para qué describir su persona, bastándole al lector o lectora saber que vestía bien, que tenía aspecto distinguido y que parecía hallarse en su centro natural ocupando el vagón de primera.

No sucedía esto mismo con la mujer, que sin duda debía tener en su favor alguna circunstancia que no se oponía a que pagase tres peniques y medio en vez de un penique por milla para hacer su viaje. No lo debió creer así un director, gruñón, que viajaba gratis y, sin embargo, celoso de los intereses de la compañía, por cuanto llamando a un empleado le mandó exigiese a aquella señora la presentación del billete. Como si esto no bastase, una de esas personas que saben hasta qué extremo están sujetas las mujeres a error, dejó escapar la siguiente exclamación:— ¡Como son tan cómodas las primeras!

Esto es lo que por mi parte, lo confieso, no habría dejado de hacer, no por benevolencia, sino por egoísmo, y para evitar el que, provisto de billete en regla me hiriese la comparación, si cualquier empleado dejaba pasar sin in-

quietar a la víctima de error tan agradable. No obstante, el aspecto de la viajera no ofrecía nada de particular, si no es su completa falta de personalidad, tanta, que de su apariencia no se podía deducir ninguna conclusión. A gusto del observador podía parecer rica o pobre, joven o vieja, hermosa o fea, noble o pechera.

Si compañero de viaje, suponiendo por un momento que hubiese experimentado tanta curiosidad como indiferencia mostraba a la sazón, habría podido permanecer sentado ante ella desde Londres hasta sin haberse enterado de la posición social de su vecina. Vestía de negro, y este color, lo mismo que la caridad y la noche, oculta muchas cosas. En su traje no se veía ni una cinta ni un adorno de color más claro que rompiese la monotonía de su tocado. Un tupido velo de encaje ocultaba la parte superior de su rostro. Hallábase sentada en actitud meditabunda, e inclinada hacia adelante la cabeza, de modo que ocultaba la boca y la barba, y en sus manos enguantadas no se podía ver si llevaba o no el anillo de alianza.

Esto en cuanto hace a la mujer, que en lo que se refiere al niño, sólo se veían unos cuantos mechones de su pelo rubio. La mujer le había envuelto en un mantón de lana y le sujetaba contra su pecho, no debiendo estorbarla mucho, porque se quedó profundamente dormido apenas echó a andar el tren. Al parecer, eran dos compañeros de viaje tan inofensivos, que el caballero, al principio molesto por tener que viajar con una mujer y un niño, empezó a creer que no necesitaría trasladar sus reales en la primera estación. El tren se deslizaba a través de una niebla grisenta, y por más que era un *express*, no llevaba tan gran velocidad que no se detuviese dos veces en un recorrido de cien millas. Al llegar cerca de Reading disminuyó su velocidad, y el delirio hizo votos para que no se turbase su tranquilidad. Hasta el instante en que la locomotora llegó a la estación, no reparó que su vecina se levantaba a medias en su asiento como si hubiese llegado al término de su viaje para volverse a sentar después de unos cuantos instantes de vacilación, quedando en la misma postura que antes.

Nadie subió durante la parada; el tren echó a andar; el viajero se entregó a su lectura, y la viajera, muda, continuó estrechando contra su pecho al niño. En menos de media

hora llegaron a Didcot, y después de asegurarse de que su compañero continuaba absorto en la lectura, la mujer apoyó sus labios en la rubia cabecita del niño, dándole un beso que se prolongó hasta que paró el tren. Durante un minuto o dos permaneció inmóvil, hasta que, dejando al niño, se levantó con un movimiento muy vivo y abrió la portezuela. El lector levantó la cabeza al sentir el aire frío y húmedo que penetró en el vagón.—No tenéis tiempo para deteneros y bajar. El tren sólo para un minuto—dijo.

Si su compañera oyó esta caritativa advertencia, no la tuvo en cuenta, porque sin responder ni una palabra saltó al andén y cerró tras sí la portezuela. El joven se encogió de hombros, continuando su lectura.

¿Qué le importaba a él que a una mujer estúpida se le escapase el tren? Al cabo de dos minutos comprendió, sin embargo, al verse solo con el niño dormido, que el negocio, por el momento, al menos, le interesaba en absoluto. A pesar de su prudente aviso la madre se quedó en Didcot, y él se encontró en la desagradable posición de hallarse a solas con un niño hasta llegar a la estación. Era un solterón, y por más que se hallase poco al corriente, como es natural, de los cuidados que necesitan los pequeñuelos, no se creyó por eso obligado a apretar el botón de la campanilla de alarma.

En llegar a Swindon tardarían poco más de una hora, y una vez en esta población quedaría libre de todo engorro. No le quedaba más recurso que lamentar, entretanto, el descuido de aquella madre poco previsora, y rogar a Dios que nada interrumpiese el sueño del niño.

Pronto, no obstante, vió que esta última parte de su voto no se realizaba, porque no sintiendo la presión de los brazos de su protectora, empezó el chiquitín a moverse, abrir los ojos y gimotear, y habría caído al suelo si su involuntario guardián, que, aparte de todo, tenía buen corazón, no le hubiese cogido en brazos e instalado sobre sus rodillas. La intención era buena, mas le faltaba la práctica; ¡el hombre necesita mucho para aprender a tener un niño en brazos y mecerle de una manera conveniente!

Nuestro hombre hizo por su parte todo lo que pudo, pero de una manera tan poco hábil, que el mantón cayó a un lado y dejó al descubierto una etiqueta cosida a la ropa

del niño, que decía en gruesos caracteres: *A. H. Talbert esq.—Hazlewood house - Oakbury (Inmed.ato a Bracktown)*

El joven no pudo menos de aplaudir la prudencia con que habían previsto el accidente, y que la casualidad se encargó de justificar. Después de enterarse del contenido, creyó que lo más acertado era cuidar lo mejor posible del niño hasta que llegase a Swindon, supliendo de la mejor manera posible a la madre ausente.

Llegaron, al fin, a esta ciudad, y el viajero, tratado con tan poco miramiento, se apresuró a llamar al jefe del tren, y como a este funcionario le pagan para desempeñar toda clase de encargos delicados e imprevistos, descargó en él con perfecta tranquilidad una responsabilidad que le molestaba, y reanudó su lectura en el punto que la dejó.

El jefe del tren, sin renunciar a su papel de protector de los viajeros sin apoyo, no supo qué hacer en el primer momento. La esperanza de que la madre hubiese subido en otro vagón se desvaneció por completo, porque no parecía nadie. Lo que más le desorientó fué el esmero con que estaba vestido el niño.

Este funcionario había visto muchas cosas curiosas en el curso de su carrera, y como la viajera desaparecida no dejó ni el más pequeño equipaje, no creyó del todo imposible que el abandono del niño fuese intencionado y no casual, conforme creyera en un principio. Pensó dejar al abandonado en Swindon para el caso en que la madre acudiese en uno de los trenes siguientes, pero cuantas más vueltas daba en su imaginación al suceso, mayor fuerza adquirió la convicción de que no aparecería ninguna madre a reclamar su hijo.

Era un buen padre de familia y sentíase lleno de buenas disposiciones hacia aquella cabecita rubia que se apoyaba con tanta confianza en su larga barba gris; así es que resolvió llevarle a Blacktown para enviarle a donde decía el tarjetón. Sacó de un vagón dos almohadones que colocó en su furgón, e instaló al rubillo con tanto cuidado cual pudiera hacerlo su propia madre, tanto que el niño cerró los ojos y se quedó dormido hasta que llegaron a Blacktown.

En este punto, el jefe del tren llevó el niño al restaurant, dejándole al cuidado de dos preciosas jóvenes, y se puso a buscar algún individuo al que la cerveza o el gim no hubiesen privado del sentido común para que le engolo-

sinase la ganancia y llevase el niño a Oakbury con la esperanza de una buena recompensa. Encontró al que buscaba y le dió media corona, aparte del beneficio del porvenir, para que alquilase un coche. Después de dirigir una cariñosa mirada al chiquitín, que bebía con mucha ansia un vaso de leche y chupaba una galleta, y al que las dos jóvenes cuidaban lo mejor que podían, el jefe del tren volvióse a sus funciones algo descuidadas desde hacía un rato, y pronto se alejó hacia el Oeste con una velocidad de treinta y cinco millas por hora.

II

Una familia en buena posición

Conviene no olvidar que Oakbury no es Blacktown, y que sus habitantes siéntense molestados en su orgullo cuando oyen a alguien calificar a la población de arrabal de Blacktown. Oakbury es la vecina de la gran ciudad, pero no forma parte de ella. Por más que las villas y hoteles que constituyen su mejor adorno, deben su existencia tanto a las bellezas naturales del país como a su proximidad a la rica ciudad; aunque la mayor parte de esas residencias hayan sido adquiridas por los representantes del alto comercio de Blacktown, los aristocráticos habitantes de Oakbury ven con completa indiferencia las vicisitudes desgraciadas o felices de Blacktown.

Los ricos habitantes de ésta le sirven de mucho, la ciudad de nada, permaneciendo apartados de sus luchas y disensiones, y sobre todo fuera del alcance de sus habladurías o murmuraciones, diciendo que dependen del condado de la ciudad. A esto se debe el que dirijan sus cartas: Oakbury Westshire, y que por regla general no admitan en su intimidad a ningún comerciante de Blacktown que por lo menos no sea banquero o gran industrial. Sin contar la casa de campo de lord Kelston, y que todos conocen por su riqueza, existen en la parroquia de Oakbury cerca de veinticuatro o veinticinco villas propiedad de varios

caballeros particulares. En rigor, no se las puede dar el nombre de posesiones o dominios, porque las tierras que de ellas dependen, varían entre tres y cincuenta acres; pero la mayor parte de ellas responden a la descripción hecha por esta frase ampulosa de los tasadores y agentes de negocios de la localidad, cuando se anuncia la venta de alguna:

«Casa de campo, a propósito para residencia de una familia en buena posición.»

Por lo general no suelen ser casitas como esas tan parecidas a las de muñecas que suelen construirse hoy, sino antiguas mansiones, en que el lujo se hermana con la comodidad. No las rodea dorada verja con adornos historiados, pero sí sólidas tapias que indican los límites y corpulentos árboles que las libran de las miradas indiscretas.

La campiña es hermosa y está salpicada de bien cuidados bosques y parques; los vientos que la ventilan llegan del mar, y el país está muy poblado de caza, y, preocupaciones a un lado, las comodidades que proporciona la vecindad de una ciudad no son de despreciar, por todo lo cual no tiene nada de extraño que el párroco de Oakbury cuente entre sus feligreses cierto número de familias «en buena posición».

Dicho esto, se comprenderá que los habitantes de Oakbury arrastran una vida bastante solitaria. Esta expresión se aplica sólo a los que viven en las veinticuatro o veinticinco casas ya mencionadas, porque el modo de ser de los naturales de Oakbury y la gente menuda que constituye el resto de la población, no entra en cuenta.

Los habitantes de Oakbury son muy exigentes en materia de amistades, y los más difíciles y exclusivistas en esta materia son dos caballeros, de apellido Talbert, que habitan y poseen en común la quinta de Hazlewood. Su exclusivismo no es otro que la consecuencia natural de su posición. Su fortuna no tiene otro origen que el dinero ganado por su padre en el comercio de maderas finas, jabones, tabacos, cigarros y otros productos de las grandes industrias de Blacktown, y esto indica el por qué los Talbert emplean tanto miramiento para trabar nuevas amistades.

Ved lo que son las cosas; en su opinión, la mancha del

comercio no se ha desprendido aún de su apellido, y no son más que la generación salida de aquella que vendía y compraba comerciando en todo. Para servirme de sus palabras reproduciré sus metáforas; su padre endureció con la madera, manchó con el tabaco, escurrióse con el jabón, y de esta manera podría continuar dando la vuelta a los diversos productos que fueran objeto de su comercio.

A esto se debió el que, al llegar a la edad de la razón, decidieran mostrarse, como si a ello estuviesen obligados, muy exigentes en la elección de amigos, y siendo dos jóvenes de carácter bueno y de rectos sentimientos, consideraron esta obligación como una triste necesidad. Aunque alguna vez hubiesen intentado separarse de esta línea de conducta, el respeto hacia la memoria de su padre habría-les mantenido en ella, porque fué éste mismo el que se la impuso. Sus hijos no habían salido aún del colegio cuando éste realizó el acto que todo hombre de negocios previsor prepara desde larga fecha. El señor Talbert realizó su fortuna y vendió su establecimiento a un precio muy inferior a su valor real, imponiendo la condición de que su apellido no figuraría para nada en adelante.

Era viudo, a la sazón, y compró Hazlewood, instalándose con su hija y sus dos hijos, con la intención de frecuentar poco a poco la buena sociedad. Educó a sus hijos en el principio de que «es deber de todo hombre educarse en el mundo, a la vez que cultivar las relaciones y el comercio».

Gracias a operaciones afortunadas y a su buena estrella, la primera parte del programa se realizó. La segunda se refería a sus hijos, pero no se la manifestó con las palabras más breves y adecuadas, sino que empleó todos sus recursos oratorios y se consideró más que satisfecho viendo que su hija se casaba con sir Maingay Clauson, un baronet de los más respetables por su posición, su fortuna y educación. Ese casamiento ventajoso ayudó a los Talbert en su subida de la escalera social, lo que, tratándose de Oak-bury, apenas lo necesitaba.

El señor Talbert se había separado de los negocios hacía diez años al menos; era de carácter dulce, modales distinguidos, y si no se hallaba dominado por completa misantropía, mostrábase muy reservado. Entre sus convecinos

pasaba por ser más rico de lo que era, y esto hacía que fuese bien recibido por los que se hallaban «en buena posición». Contento con su suerte, no ofreció a sus hijos el ejemplo brillante de su hermana, y tantas veces les habló de escoger con mucho cuidado a sus amigos, que fué una cosa extraordinaria el que los dos jóvenes no se convirtiesen en unos imbéciles o tontos de capirote.

Sin embargo, aun en el momento en que de ellos me ocupo, es decir, cuando habían llegado a la edad madura, no merecían ese calificativo, por más que el hombre capaz de rehusar vuestra amistad o la mía, me parece, como os parecerá a vosotros, que puede figurar en una de las dos categorías y sin ningún inconveniente en las dos.

Todo lo malo que se podía decir de los hermanos Talbert, se reducía a esto, y desde luego su conducta obedecía a este razonamiento:—En medio de los diez mil individuos que constituyen la nobleza o entre los que no ganan su vida con el tráfico, hay amigos tan seguros y fieles como los que encontraríamos en las clases comerciales. Un hombre tiene siempre el derecho de elegir sus relaciones; no nos separaremos del medio en que vivimos para adular a los que son más que nosotros; pero dadas nuestras ideas, no podemos tampoco mezclarnos con los que consideramos como pertenecientes a una clase inferior. Un duque de Badminton puede unirse a quien le acomode, puesto que siempre es *per se* el duque. *Nosotros* no somos duques... Nuestro padre se enriqueció con... no importa con qué... No somos duques ni tampoco millonarios, si bien tenemos lo suficiente para vivir cómodamente y como caballeros, aunque no tiremos el dinero. En vano enguantaríamos nuestras manos si fuésemos a tratar con los que comercian con aceite, tabaco, azúcar o trigo, y tendríamos fatalmente, vista la estrecha distancia que nos separa de los comerciantes, que caer al nivel de esas personas útiles, respetables y meritorias, que serán todo lo buenas y honradas que se quiera, pero que nos son sumamente antipáticas y tenemos la seguridad de que pronto nos confundiremos con ellas. Dado, pues, este estado de cosas, es forzoso que nos mostremos desdeñosos hasta la exageración.

¿Quién será capaz de censurar semejantes sentimientos? A mis ojos implican una especie de nobleza y cierta sagacidad. ¿Por qué dotados ambos de pensamientos tan

sensatos no imitaron a su hermana haciendo brillantes casamientos? Esta es una de las cosas que nunca pude explicar. Cuando después de larga permanencia, irreprochable bajo todos conceptos, salieron de Oxford, eran dos apuestos jóvenes cuyos modales y aspecto no carecían de distinción. En cuanto era posible no tenían defectos, y no obstante, a pesar de sus estaturas elevadas, cuerpos bien proporcionados y otras ventajas físicas, en muchos sitios pasaban por ser unos palomitos atontados. ¿Debíase esto a que a sus maneras corteses añadíanse costumbres dignas de solterones que les ridiculizaban ante sus compañeros de colegio o Universidad? Sea como quiera, entre los que honraban a los hermanos Talbert con su amistad, no eran éstos mal vistos.

Eran los favoritos de las señoras, sobre todo de las que habían llegado a cierta edad. El hecho es que llegaron uno a los cuarenta años y el otro a los cuarenta y uno, sin desear casarse. El placer que encontraban en los viajes les impedía, sin duda, pensarlo. El resultado es que los hermanos Talbert pasaban fuera de su casa nueve meses de los doce que componen el año.

Su padre, que deseaba que sus hijos no se confundiesen con la multitud para luchar y obtener los favores que otorga el mundo, les concedía a cada uno una pensión anual considerable. Hay que confesar en elogio de los dos hermanos, que no se excedieron nunca de este límite, que vivieron holgadamente y hasta hicieron economías que aplicaron a la compra de objetos de arte, tanto, que si al cabo de algunos años hubiesen reunido sus colecciones de objetos adquiridos en las cinco partes del mundo, habrían formado una colección de gran valor, y los dos hermanos no desesperaban conseguir algún día que la fama que gozaban de personas, de gente de alta competencia artística llegase a su más alto grado.

Los dos hermanos eran los mejores amigos del mundo, comprendíanse perfectamente, y simpatizaban en sus aficciones, gustos y hasta en sus debilidades. Una sola vez en la vida regañaron, pero la disputa dió origen a que estuviesen enemistados durante seis años, y desde aquella época se estremecían al recordarlo. No fué una de esas disputas vulgares en las que los amigos toman parte para apaciguar los ánimos y de que todo el mundo habla, porque

los Talbert guardaron siempre el más profundo secreto acerca de su origen.

Aparte de esto, siguieron mostrándose mutuamente tan absurdamente corteses como de costumbre, o mejor dicho, más que nunca. La causa de tan grave suceso fué el haberse mezclado uno de los hermanos en los negocios del otro, a pesar de que tenían ideas especialísimas y observaban al pie de la letra ese principio que profesa todo inglés de buena ley y que se funda en que uno no debe mezclarse en los asuntos de los demás, no cuidándose más que de los propios negocios.

En cierta ocasión, uno de ellos imaginó que una cuestión bastante delicada exigía su intervención. Se equivocó, pero no emplearon palabras fuertes para disputar, porque eso no entraba en su carácter, pero cada uno mostró una firmeza melancólica. La conclusión de todo eso fué que en seis años sólo se hablaron en presencia de las visitas.

Interin ocurría esto, murió el anciano Talbert. Su aristocrática hija había muerto algún tiempo antes.

El antiguo comerciante dejó Hazlewood house y sus dependencias, dividido en dos partes iguales, a sus dos hijos. Del resto de su fortuna hizo tres lotes, eventualmente destinados a los hijos de sus hijos.

Los dos hijos se reunieron en Hazlewood para acordar la línea de conducta que debían seguir. Ante todo pensaron en poner término a sus diferencias, cambiándose pocas palabras, pues ambos comprendieron que debían reanudarse sus cordiales relaciones de otro tiempo. A los dos agradó esto, pues tan larga separación fué muy penosa para ambos, y de aquí nació el tácito contrato de que en adelante cada cual se cuidaría de sus propios asuntos, que serían de su propiedad particular.

Entretanto, nuestros amigos se habían cansado de correr el mundo, y además su posición les obligaba a crearse definitivamente un hogar. Desde hacía veinte años venían viviendo en distintas capitales de Europa, y sabían que al cabo habían triunfado de las preocupaciones sociales. Era muy difícil encontrar dos hombres que, a menos de gozar de celebridad, fuesen tan conocidos como Horacio y Herberto Talbert. Resolvieron, pues, fijarse de una vez y sostener una casa por su propia cuenta.

Recogieron sus artísticos tesoros, y como a pesar de no

ser comerciantes, eran hombres de negocios, redactaron, para evitar dificultades en el porvenir, un inventario de lo que a cada uno pertenecía, sin dificultad, incluyendo hasta la última, la más delicada de las tazas o salvillas que formaban la colección.

Mezclaron las dos colecciones y embellecieron a Hazlewood con pinturas, objetos de China y del Japón y porcelanas de todas clases. Terminado este arreglo, sumieron en la calma de la vida doméstica, y cuidaron de su casa con tan cuidadoso esmero, cual pudieran hacerlo dos viejas solteras. Como es natural, con su cultivado gusto, conocimientos generales, experiencia cosmopolita y los envidiables amigos que se les conocían, tenían gran importancia en Oakbury.

Gozaban de gran crédito en la vecindad, y habrían podido, a no estar dotados de buen corazón, para pensar siquiera en semejante proceder, humillar a alguna de las familias en buena posición, que vivían en las cercanías, y hacerlo sin temor a las represalias. Si la sociedad que les rodeaba se reía de sus manías, de sus aficiones femeninas y de su economía doméstica, todos en cambio deseaban a porfía recibir a los Talbert en su casa o ser recibidos en la de ellos. Esto no tiene nada de particular, las comidas que se ofrecían en Hazlewood house eran la representación de la última palabra de la civilización culinaria y del refinamiento gastronómico.

III

Un razonamiento y una llegada

La noche misma en que el tren de Blacktown dejó en esta ciudad un querubín de rubios cabellos, comían solos en su casa los hermanos Talbert. Hallábanse aún en la mesa saboreando su Burdeos y fumando cigarrillos, a pesar de no ser ni grandes bebedores ni fumadores. Si estas costumbres constituyen un pecado, los Talbert habrían podido continuar viviendo como venían haciéndolo desde

muchos años antes, sin tener que sufrir mucho por esta causa en el otro mundo.

Creemos inútil decir que su traje era irreprochable, el de etiqueta del siglo XIX, y a pesar de hallarse en invierno, adornaban la mesa grandes ramos de flores. En todos los detalles revelábase un gusto exquisito. Cucharas y tenedores de plata antigua y maciza hacían que no se echasen de menos esos modelos pequeños y llenos de adornos, que son moda hoy día. El mantel era de una finura extraordinaria y de una blancura deslumbradora. La cristalería y porcelana tenían un brillo tan extraordinario, que hubiera hecho palidecer de envidia a las señoras más cuidadosas y a los criados más concienzudos.

Acerca de esto último, corría de boca en boca una anécdota. Un día en que comía en Hazlewood una señora, excitóse su curiosidad en tan alto grado, que preguntó a los dos hermanos de qué medio se valían para obtener de sus criados vasos y botellas de un brillo extraordinario, a lo que Horacio Talbert contestó con extraordinaria sencillez: —Nunca hemos pensado en confiar ese cuidado a nuestros criados. Mi hermano y yo lo hacemos.

Al oír esto, aquella señora, que tenía dos hermanas solteras, y que no olvidaba que sus amigos eran solteros y elegibles, respondió que, en efecto, era un encanto que se tomasen tanta molestia. Su esposo, que oyó la pregunta y la respuesta, no pudo reprimir un loco acceso de risa, si bien es cierto que era un espíritu vulgar, incapaz de comprender la parte ideal que encierra el cuidado de las cosas materiales. No tiene, pues, nada de particular que a una naturaleza tan vulgar le pareciese por todo extremo cómico el cuadro que ofrecían dos hombres robustos, y cuya estatura no bajaba de seis pies, lavando y secando su preciosa cristalería.

Los Talbert no se incomodaron, y hasta se sonrieron a manera de respuesta a tan grosero acceso de alegría, pero el referido personaje no volvió más a su casa.

No obstante, el convidado se vengó a su manera.

La mala suerte quiso que aquel individuo, a cambio de la delicadeza que le faltaba, gozase de muy buena posición en el condado, y que para colmo de desdichas fuese bastante mordaz e intencionado. Su venganza fué bastante

intencionada para llamar a nuestros amigos los *Tabbies* (1), y justificado o no, este apodo les quedó y quedará para mientras vivan. Esta es una de tantas pruebas de que el hombre nunca será bastante prudente en la elección de sus amigos.

La noche en que presentamos al lector a los dos hermanos, por más que el servicio de la mesa fuese tan admirable como siempre, sólo podían admirarlo sus propietarios y guardianes. En virtud del derecho de primogenitura, Horacio Talbert ocupaba la cabecera de la mesa, sentándose Herberto a su derecha. Ambos se parecían de una manera extraordinaria en la estatura y en el rostro. Los dos tenían el pelo castaño, larga y recta la nariz, la mirada seria y las cejas arqueadas. Llevaban la barba y el bigote muy bien cuidados, y la primera, bastante corta, terminaba en punta, lo que sentaba admirablemente a sus largas caras ovaladas, añadiendo a su aspecto general algo de los cortesanos de otra época. Para terminar la descripción podemos decir que los Talbert parecían ser de esas personas que poseen una galería completa de retratos de antepasados, pero de antepasados distinguidos, y si la realidad no estaba conforme con la apariencia, hay que atribuir la falta a un maligno capricho de la suerte.

El mobiliario de la habitación ofrecía a la vista una mezcla atrevida de objetos antiguos y modernos. En todos los sitios en que la comodidad o la utilidad reclamaban su sitio, prevaleció lo moderno, y allí donde el ornato reclamaba el suyo, lo antiguo desempeñaba su papel, si bien con mucha frecuencia un género antiguo que tenía algo de grotesco. Encima de la alta chimenea, esculpida, veíanse jarrones de Oriente en los que se retorcían horrorosos dragones; ídolos chinos tripudos y de caras arrugadas por extrañas muecas, contemplaban con aire burlón y de desafío a esos monstruos feroces. Les constaba—y esto no tiene nada de particular porque las figurillas de porcelana antigua de la china tienen más penetración de lo que parece—que los dragones estaban más sujetos en los jarrones que Prometeo en su roca. Más allá admirábase un plato esmaltado con brillantes colores, un objeto de cincelado

(1) Juego de palabras. «*Tabbies*» es el diminutivo de «*Talbert*» y a la vez significa «animal doméstico».

cobre o una antigua consola de verdadera encina tallada con labor tan fina como un encaje, una artística lámpara o algún otro objeto de esos que entusiasman a los coleccionadores. Adornaban las paredes una media docena de cuadros de mucho valor, y cubría el pavimento una alfombra persa de pálidos colores, y en el bruído hogar ardía un fuego chispeante.

Los Talbert estaban tan graves como dos senadores romanos en una sesión solemne, y en efecto, se hallaban discutiendo un asunto de la mayor importancia. Pasaron un rato en silencio hasta que Herberto se levantó acercándose a su hermano, y ambos examinaron la cabecera de la mesa con aire de conocedores, marchándose luego al fondo de la habitación para contemplarla del mismo modo desde el otro extremo, pasando después a uno de los lados para mirarla al través dirigiendo sus miradas en diagonal.

—Lo cierto es que conseguimos un perfeccionamiento—dijo Horacio con aire de triunfo.

—Un gran perfeccionamiento—respondió su hermano como un eco, y esta es la palabra más adecuada, porque sus voces se parecían de una manera extraordinaria. Satisfechos ambos, volviéronse a sentar y a ocuparse de sus cigarrillos y de su Burdeos.

El gran perfeccionamiento de que hablaban consistía en lo siguiente: Hacía tiempo que aquellos «señores de su casa» veían puesta a prueba su paciencia por la manera tradicional como las planchadoras doblaban la ropa de mesa, y les desagradaban los tres pliegues que arrugaban el immaculado mantel. Pusieron a contribución todas sus facultades inventivas. La semana anterior se habían dirigido a la perfumada residencia del jabón y el agua caliente de la mujer que les lavaba la ropa para volver casi el juicio a la pobre criatura con sus ruegos para que doblase los manteles de una manera nueva y perfeccionada, llegando hasta el extremo de unir la práctica a la teoría y acabando por demostrar la importancia de la cuestión a la niña de la banqueta y de la pala, ésta no olvidó la lección y la aprovechó en adelante para complacerlos.

Habían servido el café, y ambos se disponían a abandonar el comedor cuando anunciaron al reverendo señor Mordle. Era éste el pastor de Oakbury, al que se recibía siempre con mucha alegría en Hazlewood, porque uno de

los axiomas de los Talbert decía que los servidores de la iglesia tienen por ella el don del acierto. Al menos los de categoría superior, pues los organistas, bedeles y sacristanes pertenecen a la inferior. Un clergyman (miembro del clero) podía infringir las rigurosas costumbres que imperaban en aquella casa.

El señor Mordle no carecía de inteligencia, facilidad en la expresión, conocía, además, todo lo que interesaba a la parroquia lo mismo que sus necesidades, y la amistad de los Talbert podía serle de utilidad. Todos los grandes hombres tienen sus debilidades y tal vez su amistad hacia el pastor constituye la de los hermanos Talbert. Aparte de su amistad hacia el ministro, agradábales meter el dedo en el pan de la parroquia, además de la lástima que les inspiraba el aislamiento de éste. Presentábase muchas veces de improviso, y sin duda alguna, tenía en estima semejante privilegio el señor Mordle que era una de esas personas maliciosas que se dejaba muchas veces arrastrar por el deseo de burlarse, sobre todo cuando la persona objeto de la burla no lo sospechaba siquiera, esto sin contar con que el estudio de los caracteres de Herberto y Horacio constituía para él una verdadera diversión.

Los dos hermanos se levantaron para recibirle.

—Dispensadme—dijo Horacio algo nervioso,—pero habéis...

—Sí, sí—respondió el párroco con un acento lleno de vivacidad,—los he frotado tanto que casi puedo decir que tengo abrasando los pies. Estoy por asegurar que podría bailar un minué sobre vuestro mantel sin ensuciarlo.

Esta respuesta les tranquilizó. El terror más grande de su vista doméstica era el ver entrar en sus habitaciones personas que no se limpiasen el calzado como debe hacerlo todo cristiano que se respeta. No obstante, la puerta de la antecámara estaba tan provista de ásperos cepillos sujetos a fuertes bandejas de bronce y ruedos de todas clases, que semejante omisión parecía imposible. Ocurría, sin embargo, algunas veces, y los efectos eran terribles, casi trágicos.

Horacio llamó para que les sirviesen otra botella de Burdeos, Herberto ofreció al pastor la caja de los cigarros y los tres empezaron a charlar acerca de distintos asuntos. De

pronto Horacio dijo tomando un aire de melancólica resolución:—Anteayer vino a vernos Ana Jenkins y nos contó muchas y tristes cosas. La dimos cinco chelines.

—Está muy bien hecho—dijo el pastor,—esa pobre tiene numerosa familia. Según creo, nueve hijos.

—Sí, pero nos pesa habérselos dado. Estamos seguros de que no es mujer de su casa y económica.

El reverendo abrió desmesuradamente los ojos. Conocía a fondo a aquella desgraciada.

—Las personas económicas y cuidadosas no tienen necesidad de que les deis medias coronas, pero, ¿cómo adivinasteis su verdadero carácter?—preguntó el reverendo Mordle y se preparaba a escuchar una lamentable relación de una visita domiciliaria hecha a Ana Jenkins, y una disertación acerca del grado de suciedad en que sus amigos encontraron a tan numerosa prole, mas su sorpresa creció al oír lo siguiente:—Esta mañana íbamos tras ella a través de los campos—dijo Horacio como si le pesase lo que decía,—y cuando pasó por cima de la empalizada, vimos que llevaba medias descabaladas, una negra y otra gris, o una azul y otra gris, no sé a punto fijo cuál de las dos.

—Una azul y otra gris—dijo Herberto,—me fijé en ese detalle.

—Quién sabe si la sucede lo que a vosotros, señores, que tenéis un gusto bastante cultivado para evitar una simetría vulgar.

—¡Oh! ¡No!—replicó Herberto con mucha seriedad.—He aquí nuestros razonamientos. Esa mujer tiene dos pares de medias.

—Lo dudo mucho, mas no importa, continuad—interrumpió el señor Mordle. Sus amigos se excedian a sí mismos.

—Tiene, pues, dos pares, uno gris y otro azul, y ha roto una de las medias. En vez de sentarse y zurcirla como haría una mujer hacendosa, se puso sencillamente una media del otro par.

—Pero, ¿por qué no se pone el otro par completo?—preguntó el señor Mordle.

—Porque una de las medias del otro par debe hallarse en mal estado, y por esto mismo es más reprehensible su

conducta. Como ya os dije, no es persona que merezca que se la haga un favor.

—Acepto vuestras premisas—contestó el reverendo,—vuestro razonamiento no carece de lógica y vuestras deducciones son muy verosímiles, pero...—y el señor Mordle se disponía a entablar una deliciosa discusión acerca de las medias bien o mal llevadas de Ana Jenkins, queriendo saber si una de cada par se rompió antes que la otra, entregándose a una multitud de combinaciones a cual más ingeniosas que se acumulaban en su sutil imaginación, pero la llegada del irreprochable ayuda de cámara de los hermanos Talbert distrajo bruscamente la atención de todos.

El recién llegado informó con ceremonioso tono a sus amos «que un hombre había llevado al niño».

—¿Qué hombre y qué niño?—preguntó Horacio.—¿Esperabais a algún hombre o algún niño, Herberto?

—No, en verdad; ¿qué queréis decir con eso, Whittaker?

—Señor, que un empleado del ferrocarril ha traído un niño y dice que es para aquí.

—Eso es un absurdo y debe existir sin duda una mala inteligencia.

—Así debe ser, señor—contestó el estirado ayuda de cámara con mucho respeto, pero de una manera que se comprendió que no estaba de acuerdo con la opinión de sus amos.

—¿En dónde está ese hombre?—preguntó Horacio.

—En el vestíbulo, señor.

—¿Se ha limpiado los zapatos?—interrogó Herberto con temor.

—Sí, por cierto, señor, le encargué que lo hiciera.

—Lo mejor es ver a ese estúpido empleado y arreglar nuestros asuntos nosotros mismos. Dispensadnos un momento, señor Mordle—dijo Horacio y los dos hermanos se dirigieron a la antecámara dejando al párroco que se divertiese a sus anchas, lo que hizo volviendo la espalda a la puerta. Un minuto después compareció el ayuda de cámara, funcionario que era muy riguroso en lo del respeto que debía guardarse a sus amos, y es probable que al ver la viva hilaridad que revelaba el rostro del señor Mordle, se convirtiese en su enemigo sólo por ese detalle.

—El señor Horacio y el señor Herberto tendrían sumo gusto—dijo inclinándose,—en que el señor Mordle se fuese a reunir con ellos.

El interpelado se apresuró a encaminarse a la antesala en donde esperaba un espectáculo de los más cómicos, a lo cual contribuía no poco el aire solemne de sus actores. En medio del felpudo que había delante de la puerta, o por mejor decir, sobre uno de los muy numerosos que cubrían el suelo, hallábase en pie y con aire atolondrado un faquín o mozo de la estación con su oscuro uniforme de paño o de pana... que la tela no hace el caso. En pie también, y a los lados de la maciza mesa del vestíbulo, estaban los Talbert, mientras que encima y entre los dos se veía un niño cuyos cabellos salían en abundantes mechones debajo de una preciosa gorrita, Horacio y Herberto, teniendo cada uno en la mano un lente con armadura de concha, contemplaban con mirada llena de terror y expresando en sus plácidos rostros la mayor sorpresa al chiquitín. Al hallarse en presencia de un cuadro semejante, acudió a la mente del ingenioso señor Mordle el recuerdo de los habitantes de Brobdignac, haciendo el inventario detallado de las ropas de Gulliver. No destruyó en nada la armonía del cuadro, cotocándose en uno de los extremos de la mesa, mientras que Whittaker, que era hombre de elevada estatura, lo hacía a distancia conveniente al otro extremo y procedía lo mismo que sus amos al examen del desconocido en miniatura.

—¡Ahí tenéis una cosa extraordinaria! Ese niño nos ha sido dirigido por el ferrocarril—exclamó Horacio.

Mordle leyó la tarjeta cosida al traje del niño.

—¿De dónde decís que venía?—preguntó Herberto dirigiéndose al mozo.—Contadnos toda la historia.

—Ha sido el jefe del tren que sale de Londres a las cinco el que me lo entregó, diciéndome que lo habían dejado abandonado en un vagón de primera clase. La madre bajó en Didcot y no pudo alcanzar el tren o al menos así lo parece. El jefe me dijo que tomase un coche y viniese a traer aquí a esa criatura, indicándome que me pagarían bien mi trabajo. El coche me costó tres chelines y seis peniques, señores.

—Aquí hay una equivocación, ¿qué hacemos?—dijeron los dos hermanos.

—¿Esperabais alguna visita?—preguntó el reverendo.

—Ninguna. Es preciso que os volváis a llevar ese niño, contestó Horacio volviéndose hacia el mozo.

Este abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Y qué es lo que quiere, señor, que haga con él?—respondió.

—Llevarlo a las oficinas en que se encargan de los objetos perdidos—indicó Mordle con mucha calma. Whittaker le dirigió una mirada de reproche. Al ayuda de cámara le pareció que el asunto era demasiado serio para tomarlo en broma.

—Levantad esta etiqueta—dijo el reverendo a manera de segundo aviso.—Tal vez haya debajo alguna carta.

Hicieronlo así y vieron que consistía en un pedazo de papel de cartas pegado sobre otro de una tarjeta de cartulina que habían cortado irregularmente. Debajo de la etiqueta no había nada, ni tampoco en los bolsillitos del gabán del niño. Las dudas de los allí reunidos fueron en aumento.

—Señores, tengo prisa—dijo el mozo de la estación;—me debéis tres chelines seis peniques que me costó el coche.

Los *Tabbies* se encontraban en una cruel alternativa, y sus ojos acostumbrados a distinguir la diferencia de las medias de la desgraciada Ana Jenkins, se enteraron de que el chiquitín estaba muy bien vestido y de que su ropa blanca era buena y blanquísima. Muy bien pudiera haber sucedido que de existir una carta, se extraviase, y también era fácil que alguien pensase en ir a Hazlewood sin que le invitasen, y que en la estación de Didcot se le hubiese escapado el tren, siendo lo más probable que llegase antes de pasar una hora o dos poniéndose todo en claro. Lo más acertado era conservar al niño durante algún tiempo. Una vez tomada esta resolución sacó Horacio de su bolsillo cinco chelines y se los dió al mozo que se marchó muy satisfecho.

Herberto sacó media corona y se la entregó a su hermano, que se la embolsó sin hacer comentario, y como si fuese la cosa más natural del mundo. No eran dos avaros, pero les gustaba llevar con extremo rigor sus cuentas y no deberse ni un penique. Es indudable que de este modo se evitarían muchos disgustos si todo el mundo procediese así,

aun tratándose de cuentas insignificantes. Sea como quiera, esta rigidez de principios en materia de intereses, fué un rasgo de carácter que regocijó sobre manera a Mordle.

Interin sucedía esto, el niño, que al parecer estaba robusto, se puso en pie estirando sus piernas regordetas sobre la mesa. La lámpara de cristales de colores iluminaba con caprichosos matices la rubia cabecita del niño, que no parecía intimidado, y si algo podía reprochársele era una familiaridad extraordinaria que no se avenía bien con un conocimiento tan nuevo de personas y lugares. Aprovechando un momento en que los dos hermanos se inclinaban con mucha dignidad para examinarle de nuevo, se apoderó el niño de la cadena de reloj de Herberto y se puso a jugar echándose a reír, y su risa encontró un eco en Mordle que ansiaba hacia rato hallar una ocasión tan propicia para expresar así sus sentimientos.

¡La situación era tan cómica! ¡Un niño desconocido que caía de una manera tan inopinada en aquella casa, escogiendo una hora intempestiva! Y no era un niño sucio como el de un mendigo, sino un lindo muñeco muy bien vestido, y en edad de poseer unos cuantos dientes blanquísimos, pero privado de explicar aquella intrusión injustificable.

El niño tenía los ojos azules, tan rasgados y hermosos, el pelo tan rubio y las maneras tan graciosas y confiadas, que Herberto, que era bueno y amigo de los niños, sacó el reloj del bolsillo para que el chiquitín oyese el tic tac, mientras que Mordle, que había ido al comedor, volvía con unos dulces y pastas.

—El camino más corto para llegar al corazón de un niño es pasar por su estómago—dijo viendo que el bebé abandonaba a su primer amigo para recibir sonriendo las golosinas que le daban, y Horacio contempló con aire de descontento la escena.

—Pero, ¿qué vamos a hacer?—repitió, y en este instante se oyeron los acordes de un piano a través de la entornada puerta del salón.

—Creo que lo mejor que podríais hacer es consultar a la señorita Clausón—dijo el reverendo.

IV.

La proposición de Beatriz

En la descripción de Hazlewood house y de sus habitantes, no hemos mencionado para nada el nombre de la señorita Clausón, por la sencilla razón de que su posición en aquella casa tan bien y con tanta regularidad organizada, no estaba aún definida. No era ni una convidada ni la señora de la casa, sino en una palabra, la hija única, al menos, la única que sobrevivió de los hijos nacidos del casamiento de la señorita Talbert con sir Maingay Clausón. No creo que haya razón para extenderme dando detalles acerca de la manera admirable como desempeñó su papel en este mundo lady Clausón, ocupando el sitio a que la elevaron sus méritos o su suerte. En sociedad, lo mismo que en su casa, había sido lo que debe exigirse a la esposa de un baronet, menos la madre de un heredero de sus títulos y de sus bienes. Era ésta una gran omisión, pero sin duda en consideración a sus muchas y buenas condiciones, sir Clausón cerró los ojos acerca de este olvido, y fué para ella lo que se llama generalmente un buen marido, llorándola bastante cuando a los doce años de haber dado a luz una niña, le dejó solo en el mundo.

Llegó a tanto su dolor, que abriendo por la primera vez desde hacía muchos años la Biblia, y con ayuda del diccionario de Cruden, buscó un texto apropiado para expresar las virtudes de su esposa. No se redujo a esto sólo, sino que por amor hacía ella, o quizás hacía él mismo, permaneció viudo durante cinco años, y entonces siguió la costumbre muy generalizada entre los viudos con título: se casó de nuevo.

Beatriz Clausón era a la sazón una joven romántica que iba a terminar sus estudios, y tenía la cabeza llena de hermosos ensueños de los que formaban parte los de cuidar a

su padre, consolarle, dirigir su casa y desempeñar lo mejor que pudiese el puesto que dejó desocupado su madre al morir. Como no podía menos de suceder, dados estos antecedentes, fué rudo golpe el que recibió cuando, de la noche a la mañana y sin aviso previo, su padre le presentó una madrastra que sólo tenía cuatro años más que ella, siendo esta la primera lección que recibió la joven acerca de la inestabilidad y vanidad de los proyectos humanos.

Es cierto que debió haberlo esperado, pero ella era joven, y como todas las de su edad encontraba a su padre de aspecto austero y le parecía viejo, aunque alcanzaba a una edad no muy avanzada, y, aparte de esto, Beatriz conservaba indeleble el recuerdo de su madre y el de la pena que demostró sir Clausón cuando la muerte le arrebató a su esposa. Se acordaba de que la abrazó sollozando diciéndola entonces que lo era todo para él, y el recuerdo más precioso de su esposa, siendo el único lazo que le unía a la vida. Pensando en todo esto, creyó siempre que en su padre sería aún más tenaz que en ella el recuerdo, y que el dolor dejaría huellas profundas y durables. ¡Y era él quien daba tan rudo golpe a sus ilusiones queridas!

A los diecisiete años, Beatriz Clausón era aún una niña mimada, porque siguiendo la regla general de que todos los viudos inconsolables miman a su hija única hasta su nuevo casamiento, sir Maingay hizo lo mismo, así que, aun cuando sólo fuese desde este punto de vista, es muy prudente aconsejar un nuevo casamiento. Desde luego, confesaremos que en la época en que sir Clausón contrajo su segundo enlace, Beatriz estaba muy animada, además de que era de carácter impetuoso, muy romántica, testaruda, y a su modo, tan orgullosa como Lucifer.

La segunda lady Clausón era una hermosura y nada más; pertenecía a una familia respetable, calificación que aun nadie supo definir con exactitud, lo mismo que pasa en la Biblia, que cada cual la interpreta desde su punto de vista particular. El día en que se verificó la entrevista de lady Clausón y su hijastra, esta última, valiéndose de esos signos masónicos que sólo comprenden las mujeres, dejó adivinar cuál era el estado de su alma, y desde luego se declaró entre ellas la guerra, pero sin tregua ni cuartel. Es cosa deplorable la guerra civil en una familia, lo mismo si es la de un baronet que la de un simple mortal, y

doblemente sensible para los que permanecen neutrales y reprueban la excitación de estos combates tan crueles, por lo mismo que muchos se encubren bajo el disimulo femenino. Durante muchos años, la existencia de sir Maingay Clausón no fué feliz.

Importa muy poco a nuestro relato saber quién tuvo la culpa de lo ocurrido, si la joven con su carácter indómito y su falta de resignación ante lo inevitable, o lady Clausón por haber usado de represalias con todo el despecho y encono de que es capaz una mujer ultrajada, o sir Maingay por la indiferencia demasiado humana con que dejó que las cosas siguiesen su curso.

¡Aquellas represalias llegaron hasta la venganza! El abismo que se abrió entre las dos se hizo demasiado profundo para que la diplomacia de la familia no pudiese cegarlos nunca. Las escaramuzas entre madrastra e hijastra no valen la pena de que nos tomemos la molestia de relatarlas. La lucha decisiva se entabló el día en que hubo de presentarse la señorita Clausón en los bailes del palacio real. Lady Clausón declaró terminantemente que, siguiendo todos los usos y costumbres, la correspondía presentar a la joven. Beatriz rechazó el ofrecimiento, su señoría insistió, y su hijastra se mantuvo en su negativa. Sir Maingay se puso de parte de su esposa y quiso usar por una sola vez de la autoridad paternal. Beatriz viendo el sesgo que tomaban las cosas, cortó toda cuestión diciendo que se negaba en absoluto a ser presentada. La situación era verdaderamente terrible. Si vuestro caballo se niega a beber, a lo menos os queda el recurso de llevarle hasta el abrevadero, pero no podéis obligar a una joven a que, a empujones, se presente ante su graciosa majestad. Lady Clausón, muy escrupulosa en materia de etiqueta, no se equivocaba mucho cuando aseguró que «una hija de un baronet que se niega a ser presentada a la reina, es una monstruosidad».

Sir Maingay Clausón empezó a sentirse pesaroso de que sus antepasados se hubiesen separado de la iglesia católica, porque hubiera podido mandar a su hija a un convento, pero a la sazón no consentiría ella semejante decisión, y así lo pensó tristemente el baronet, diciéndose que si le llevaba a la fuerza, la liga protestante la sacaría muy pronto para pasearla en triunfo por todo el país, haciendo muchísimos comentarios. Lo único que podía hacer el atribu-

lado baronet era llamar a la rebelde y oír su opinión respecto a los medios de disponer de su engorrosa persona. En presencia de su padre, Beatriz se portaba siempre bastante bien; lo quería mucho a pesar de que el recuerdo de las lágrimas y palabras pronunciadas y los juramentos hechos en obsequio a una memoria pronto olvidada, hiciesen que le mirase con algún desdén, porque ignoraba que el hombre es un sér sociable y que no puede vivir solo. Le escuchó con respeto, y terminado el discurso de su padre, manifestó de esta manera su opinión:—No quiero ser un engorro para vos, padre mío, tengo dieciocho años y soy muy vieja para volver al colegio. Sería una solemne estupidez que os dijese que pienso ganarme la vida trabajando, puesto que al llegar a la mayor edad, puedo disponer de una fortuna. ¿Puedo irme a vivir a Fairlome?

Fairlome era una de las posesiones de sir Maingay, situada en uno de los condados del Surgo, a la que sólo iban en rarísimas ocasiones él o los suyos. El baronet respondió:—Pero no podéis vivir sola.

—No hay ningún inconveniente en ello si la señora Williams consiente en venir a mi lado. Me considerará muy dichosa si sucede así.

—¿Por qué no sois más razonable, querida niña, y vivís en buenas relaciones con lady Clausón? ¡Si así fuese, viajaríamos juntos!

Porque lady Clausón, que no tenía nada de tonta, había comprendido que necesitaba algo más que sus encantos para forzar del modo que deseaba las puertas de aquel mundo en que tanto ansiaba figurar. Habíase decidido que viajaría, y que sir Maingay la acompañaría al extranjero, este viaje debía durar unos años, y su señoría concibió la idea de escribir un libro, o al menos la de encontrar quien se lo escribiese, consagrado al estudio de los países que pensaba visitar. Con una maniobra de este género, confiaba tomar por asalto un puesto en el mundo de los literatos.

—No puedo viajar con vos, padre mío—respondió Beatriz.—Os haría desgraciado y lo sería yo también.

—Si os quedáis, es preciso que seáis presentada para que podáis salir y entrar libremente en todas partes.

—Si alguna vez me caso, me presentarán después de

mi casamiento—dijo secamente Beatriz,—del mismo modo que lo hicieron con lady Clausón.

Sir Maingay se puso lívido, porque la alusión le hirió en lo más vivo sin que pudiese castigarla. El pobre rey Lear impuso un justo correctivo a la ingratitude de su hijo, pero, ¿la herida que causa la ironía, no es más cruel que la producida por el diente de la serpiente más venenosa? Sir Maingay no dijo una palabra, mas se agotaba su paciencia: ¿qué hacer con una hija como aquélla? Tenía muy pocos parientes, y había descuidado mucho su trato. El anciano señor Talbert, de Hazlewood house estaba impedido, Horacio y Herberto no tenían ni familia ni hogar propio, y no podía apelar a ellos.

Sir Maingay consintió en que su hija se quedase en Inglaterra, había sufrido mucho con aquellas disputas, pero, a pesar de todo, se preguntó a quién podía dejarla. Acordóse al cabo de una anciana parienta que vivía muy retirada en las cercanías de Londres, puesto que Beatriz no podía pensar seriamente en vivir en Fairlome en una casa deshabitada, en compañía de un ama de gobierno y dos o tres criados. En vista de esto convínose que permanecería al lado de su tía mientras durase la estancia de sir Clausón y su esposa en el continente.

Fuése, pues, a vivir con la señora Erskine, y como esta buena señora, además de ser muy vieja era sorda y veía poco, es de presumir que Beatriz no fuese feliz en su compañía durante la ausencia de su padre, que duró mucho, pues el viaje se prolongó, por esta o por la otra causa, lo menos cuatro años. Pasado algún tiempo sir Maingay llegó casi a olvidar que tenía una hija en Inglaterra, pues se instaló en el continente para permanecer en él durante un tiempo indefinido. Y lady Clausón se imaginó que iba perfeccionándose, y se dijo que con las economías realizadas amueblaría la casa, de arriba abajo, a su regreso a Inglaterra. Mientras duró su estancia en el extranjero, lady Clausón reparó la omisión de aquella a quien reemplazaba e hizo el regalo a su señor y dueño de dos hermosos chiquillos. Dominado por las alegrías de la paternidad, que se imponen a los hombres, cuando llegan a cierta edad, sir Maingay no se acordó de la hija altanera e insociable que quedara en Londres, y a la que su mujer y sus hijos casi expulsaron de su corazón. A este cúmulo de cir-

cunstancias debíase el que Beatriz se encontrase en la extraña situación de la hija de un baronet que no tiene amigos en el mundo. Pasados algunos años volvieron los Clausón; ¿escribió o no su señoría el libro que proyectaba? Si lo escribió, debió guardarlo mucho, porque lo cierto es que no se ha publicado aún.

Beatriz se reunió sin dificultad a su madrastra y la encontraron muy cambiada, pareciéndoles más reservada y dispuesta a oír la razón. Al baronet le pareció que su hija había dedicado al estudio el tiempo que permaneciera en casa de la señora Erskine, y la instrucción que había adquirido casi le asustó. En cambio consideróse dichoso al ver que era una mujer encantadora y hermosa, y mucho más al contemplar a la hija que abandonara, y creyó que en adelante las cosas iban a marchar a medida de su deseo. ¡Vana esperanza!

Esta vez no debemos vacilar en señalar a la culpable. Una mujer hermosa como lady Clausón no podía soportar tranquilamente a su lado la presencia constante de beldad más joven, por muchos conceptos superiores a la suya, y llegó hasta experimentar celos del cariño que sus hijos tomaron a Beatriz, aparte de que no había olvidado sus antiguos agravios. En una palabra, que sus relaciones adquirieron tal tensión, que Beatriz se vió obligada a escribir a sus tíos, preguntándoles si querían recibirla en su casa. Al suceder esto, tenía cerca de veintitrés años, habiendo heredado, al llegar a su mayor edad, el tercio de la fortuna del anciano Talbert, que éste había destinado a sus nietos, de modo que esa fortuna y su edad la proporcionaban cierta independencia.

Deseaba mucho vivir en Hazlewood si sus tíos consentían en ello, y de no ser así había resuelto instalarse por su cuenta, pues seguía encontrándose en la misma posición irregular que antes, hija de baronet, y sin haber sido presentada en sociedad, y como decía lady Clausón, era preciso que estuviere dotada de un espíritu muy frívolo para que esta circunstancia no la preocupase.

Los Talbert habían visto y tratado muy poco a su sobrina, pero lo poco que vieron les agradó. Al recibir la petición se reunieron en consejo para decidir solemnemente, y resolvieron que, con el consentimiento de sir Maingay, —ambos se mostraron muy exigentes en esta materia,—

podía ir a vivir con ellos. Sir Maingay no se opuso, y Beatriz se instaló en Hazlewood y hacia una semana que se hallaba sumida en un éxtasis de divertido asombro, que iba en aumento a medida que conocía las extrañas mañanas de los *Tabbies*. Como es natural, pensó en el primer momento en ser útil a sus parientes, y, tal vez con intención de dedicarse a otra cosa que al estudio, se fijó en aquel hogar de dos solterones. No era ya una colegiala, y se creyó tenía edad suficiente para ponerse al frente de una casa. El silencioso horror con que fué acogida su proposición la probó que su presencia sería siempre una molestia, y que sus tíos no cederían nunca a nadie el cuidado de velar por su economía doméstica. Así fué, en efecto, y su sorprendente capacidad en estas materias se impuso hasta a ella misma, cuando el día de su llegada encontró a su tío Herberto inclinado al lado de la sirvienta encargada de la costura, enseñándola con mucha seriedad y paciencia imperturbable la manera mejor de coger la aguja.

Se comprende fácilmente que después de pasar ocho días allí en medio de una calma chicha, Beatriz se hallase dispuesta a acoger con alegría cualquier suceso que rompiera tan pesada monotonía. Nada tiene, por tanto, de particular que su curiosidad se excitase en el más alto grado cuando Horacio, siguiendo el consejo del reverendo Mordle, entró en el salón para noticiarla lo que ocurría.

—¿Es un niño muy hermoso?—preguntó.

—De una hermosura maravillosa. Herberto y Mordle le están haciendo fiestas como si fuesen dos mujeres.

Beatriz no se movió para ir a verlo.—¿Cuáles son vuestras intenciones, querido tío?—le preguntó.

—No sé nada. Creo que lo más acertado es guardarle hasta mañana para ver si entretanto se pone en claro ese misterio. Debéis venir y darnos vuestra opinión.

Beatriz le siguió al vestíbulo, en donde el niño había hecho grandes progresos durante la ausencia de Horacio. El clergyman le asustaba y hacía reír y Herberto se entretenia en alisarle el pelo tan cariñosamente cual pudiera hacerlo un padre. El grave Whittaker no escapó al encanto general y le sonrió placenteramente.

—¡Qué criatura más preciosa!—exclamó Beatriz al ver al robusto chiquitín. Era la primera mujer que veía el niño, después de haberse separado de sus amigos de la es-

tación. Las criadas de los Talbert, con la curiosidad propia de las personas de su clase y de su sexo, estaban inclinadas sobre la balaustrada que coronaba el vestíbulo, pero sin haber conseguido atraer su atención. En una edad tierna como la del niño, parecía natural que su protectora fuese la mujer, y sin duda por esto se separó de las manos de sus amigos y fué corriendo por cima de la mesa al encuentro de la hermosa joven que le sonrió y le recibió en sus brazos, en los que se arrojó el niño dejando oír un murmullo de satisfacción, y apoyando su cabecita en el hombro de Beatriz, quedó tranquilo y, al parecer, satisfecho. Era tan lindo, que con dificultad se habría hallado una mujer que resistiese a los deseos de hacerle una caricia. Beatriz le besó, y haciendo lo mismo que cuantos se le acercaban, se puso a alisar su pelo rubio y a meter los dedos entre los bucles que se deshacían volviéndose a rizar por sí solos. El niño, al sentir aquellas caricias y verse así tratado, empezó a cerrar los ojos.

—Es necesario acostarle—dijo Beatriz.

—Es indudable—respondió Horacio;—pero, ¿dónde será mejor?

—Juana tiene una cama muy cómoda—respondió Herberto.

Juana era la doncella de la casa, pero Herberto conocía los gustos de todos los criados y podía dar al detalle informes acerca de la ropa que tenían en la cama.

Mordle volvió la cara a otro lado temiendo incurrir en desgracia con un intempestivo acceso de hilaridad.

—No, no—contestó Beatriz,—se acostará conmigo. Miradle, tío Horacio, ¿no es verdad que parece un querubín?

—Es un niño muy guapo, pero la verdad es, querida Beatriz, que no sabemos de dónde viene y no sé si debéis acostaros con un chiquillo tan desconocido.

—¡Oh! ¡Qué tontería! ¡Miradlo, querido, tío, qué limpio está y qué bien vestido! Whittaker, hacedme el favor de decir que lleven a mi cuarto un jarro de agua templada. Ven, monín, vamos a ver cómo sé desempeñar el papel de niñera.—Y cunando y meciendo al niño en sus brazos, se dispuso a retirarse con su presa.

—Creo que obrarías cuerdamente examinando su ropa blanca para ver si tiene alguna marca—observó Horacio.

Dicho esto volvieron los tres hombres al comedor donde estuvieron largo rato discutiendo bajo todas sus fases este incidente. Pasado un buen rato volvió Beatriz para dar la noticia de que la ropa del niño no tenía ninguna marca, y que era nueva. Parecía hallarse muy satisfecha con su nuevo juguete, y subía y bajaba del comedor al principal para enterarse de si su querubín continuaba durmiendo el sueño de la inocencia. Al cabo se quedó en su cuarto dejando solos en el comedor a sus tíos y a Mordle.

—Beatriz es más afectuosa de lo que hubiera creído nunca—dijo Horacio con acento pesaroso.

Herberto tomó parte en este pesar, pero Mordle no dijo una palabra, pensando tal vez que esa ternura instintiva que revelaba la joven, tratándose de un niño abandonado, añadía un encanto nuevo a los muy numerosos que había descubierto en ella. Los tres amigos permanecieron juntos hasta una hora bastante avanzada en que no era posible llegase la solución del conflicto, y resolvieron dejarlo para el día siguiente, no habiendo parecido padre ni madre ni despacho telegráfico. El pastor se despidió de los dos hermanos y se retiró pensando en el cuadro encantador que ofrecía Beatriz con el niño en sus brazos. ¡Pobre Mordle! ¡No hacía más que una semana que conocía a la joven y ya se forjaba respecto a ella las ilusiones más insensatas!

Los dos hermanos no abandonaron sus sitios al lado de la chimenea, porque solían acostarse muy tarde, y una vez solos no llevaron más adelante la conversación acerca del niño. Desde hacía tres horas estaban discutiendo todas las posibilidades, y agotado el tema, guardaron silencio, dando vueltas a la imaginación para encontrar nuevo motivo de discusión. De repente, y sin darse él mismo cuenta de ello, apoderóse del ánimo de Horacio una sospecha que hizo mirarse muchas veces a hurtadillas a su hermano. ¿Sabría Herberto mucho más de lo que aparentaba y no querría decirlo? Lo cierto es que vio al niño con gran alegría, y Horacio recordó que el chiquitín se mostró en seguida más confiado con su hermano que con nadie y que además, cuando salió y volvió acompañado de Beatriz, dejó y encontró a Herberto acariciando al niño.

¿Existiría acaso en la vida de Herberto un romántico incidente cuya existencia ignoraba? Avergonzábale a Horacio este pensamiento, y hacía esfuerzos para desecharlo, pero

siempre volvía con singular insistencia a apoderarse de él. Poco después, a la hora escasa y en el momento en que los hermanos se disponían a retirarse cada cual a su cuarto, vieron con sorpresa presentarse a Beatriz que llevaba elegante bata de cachemira y calzaba primorosas babuchas bordadas. Según manifestó esperó a que se retirase Mordle para volver y preguntar si se sabía algo nuevo. Horacio le contestó, fijando la vista en Herberto, que tenía seguridad de que no llegaría ninguna noticia.

Beatriz se quedó muy pensativa contemplando el fuego, y con las manos cruzadas sobre sus rodillas, ofrecía un bonito cuadro, casi un cuadro clásico, cuya belleza mejor que nadie podían apreciar dos hombres de gusto exquisito como lo eran sus tíos.—¿Cuál es vuestra intención?—preguntó al cabo de un buen rato.

—Esperar hasta mañana, lo más hasta pasado y después entregar el niño a la policía que se encargará de poner en claro el misterio—respondió Horacio.

Como Herberto no dijo nada, las sospechas de su hermano fueron en aumento. Beatriz se levantó, preparándose para despedirse y permaneció algunos instantes en pie delante del hogar, en apariencia muy entretenida examinando los círculos que trazaba con la punta de la zapatilla. De pronto se irguió, y poniéndose muy encarnada habló con mucha vivacidad y rapidez:—Si no viene nadie a reclamar ese niño, ¿tenéis algún inconveniente en que me haga cargo de él?

—¿Aquí querida?—preguntó Horacio asustado.

Beatriz cruzó las manos.—¡Oh! ¡No podéis figuraros, querido tío, qué vida más triste llevo desde que cumplí los diecisiete! No tengo nada que pueda interesarme ni de qué cuidarme, y me gustaría muchísimo hacerme cargo de ese niño. Venid a verle cómo duerme, ¡es un bebé precioso!

—¡Qué locura, Beatriz!—dijo Horacio y se arrellanó en el sillón como para mostrar con esa resistencia que una legión de niños dormidos no le haría mover de su sitio aunque fuesen más hermosos que los ángeles.

—Venid, tío Herberto, veréis qué cuadro más encantador, es mucho más bonito que todos los de vuestra colección.

Herberto se sonrió placenteramente. Era menos rígido

que Horacio, si es que este calificativo puede aplicarse a alguno de los Talbert. Dejose guiar por Beatriz para admirar como era debido al desconocido y luego volvió con su sobrina al lado de Horacio cuyas sospechas, después de semejante manifestación de debilidad, fueron en aumento, cambiándose en certidumbre.

—¿Me le dejaréis guardar?—replicó Beatriz.—Estoy segura de que sí.

Horacio no respondió nada a la petición. Con la solemnidad de costumbre hicieron los dos hermanos sus preparativos para levantar la sesión y Beatriz se encaminó a su cuarto en tanto que Horacio murmuraba:—Es muy vehemente esa joven.

Herberto no contestó y mientras que se metía en la cama, Horacio se dijo que Herberto sabía todo lo relativo al niño, y que por nada del mundo daría a entender a su hermano que lo había adivinado. Los negocios particulares de cada uno eran de cuenta del otro, y siendo él quien emitió y sostuvo este pensamiento, hallábase obligado a continuar sosteniéndole. Esta obligación era tanto más imperiosa en él, cuanto que su ruptura, que duró seis años, ocurrió porque su hermano infringió esta regla.

V.

En el que Mordle hace una promesa temeraria

Al llegar el día siguiente los hermanos Talbert hicieron una cosa excepcional; abrieron todas las cartas que les llevó el correo antes de la hora del desayuno, cuando acostumbraban a hacerlo al tomar su segunda taza de té, teniendo para esto, como para todo lo demás, un momento preciso, así como a cada objeto le habían marcado su sitio. Tan grande fué su ansiedad para hallar una explicación, que decidieron no esperar ni un minuto más. Encontraron invitaciones a dos comidas, el recibo de dos pagos hechos por el correo anterior y circulares, prospectos y hasta

cartas pidiendo limosna, pero ni una palabra referente al niño.

Llevaron la tetera y Herberto se cuidó de hacer el té, porque con arreglo a lo convenido sobre la división del trabajo y de los honores, el hermano más pequeño presidía la mesa durante el desayuno. No tardó mucho en comparecer Beatriz llevando el niño, en brazos, habiéndole lavado, vestido y peinado, separándole el pelo de la frente, y de este modo le presentó en la mesa fresco cual una rosa de junio. Sentóle a su lado poniéndole a su altura, valiéndose de varias almohadas, y luego pidió pan y leche para el chiquitín.

Los Talbert no hicieron ninguna objeción, por más que creyesen que el puesto del niño estaba en la cocina en la mesa de los criados. Deseaban verle a la luz del día, y con ayuda de sus lentes examinaron curiosamente al pequeño intruso. Hasta el mismo Horacio hubo de inclinar la cabeza ante la belleza del niño y su actitud confiada, mientras que Herberto se unía a Beatriz para distraer y acariciar al chiquitín que parecía hallarse muy satisfecho en su nueva morada. Es una cosa verdaderamente triste el ver con qué facilidad olvida un niño a su madre. Suele llorar porque tiene hambre o frío, mas no porque eche de menos la ausencia del sér que concentró en él todo su cariño. En aquellas circunstancias disculpóse al niño, tan cruelmente abandonado, por soportar lo mejor posible el cambio en su existencia y reír alegremente cuando a ello le invitaban. Otros niños quizás no tendrían tan buenas razones para quedar absueltos del pecado de indiferencia o ingratitud. Beatriz se informó con mucho interés si había llegado alguna noticia y no dijo una sola palabra que recordase sus deseos y observó que el alegre y atrevido chiquitín divertía e interesaba a sus tíos y juzgó, con la diplomacia natural a su sexo, que valía más que dejase madurar su proyecto. Obedeciendo a este plan, en cuanto terminó el desayuno retiróse con él y pasó el resto del día jugando y riendo con él, y al verla, dijérase que encontró algo que hizo que su vida tuviese interés y, a la verdad, bien podía decirse que aquella joven necesitaba algo que la distrajese o despertase.

Al llegar a los veintidós años presentaba un aspecto muy distinto del de la jovencita que arrojara el guante a